

MAR DENEZ

Ojos de caramelo

Relato basado en el libro
Ardo por ti, Candela



PARA
MAYORES
DE 18

Ojos de caramelo

Mar Deneb

Relato basado en el libro
Ardo por ti, Candela

©Mar Deneb 2018

Diseño de cubierta: Evangelina Becerra Rodero

Fotografía de la autora: Andrea Asami

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación ni de su contenido puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin permiso previo y por escrito de la autora.

A Eros,
ese dios desconocido,
que surge entre las cenizas ardientes
de las brasas del amor,
tras las cortinas descorridas
de la libertad.

En el presente relato, se ha querido resaltar en letra cursiva algunas expresiones propias del dialecto andaluz, así como extranjerismos, palabras coloquiales, o cualquier vocablo o frase recalcados por los mismos personajes o la narración.

Agradecimientos

A **Enrique**, por estar siempre ahí, aconsejando, revisando y, sobre todo, apoyando toda mi labor, especialmente la literaria.

A mis **amigos** de la Antología de relatos *Cross My Heart. 20 relatos de amor, cóncavos y con besos*, con los que viví una experiencia inolvidable y llena de vida, risas e inspiración.

Abre la acolchada puerta interior del pub y se deja envolver por el sonido agudo pero aterciopelado de un *whistle*, que lo invita a alegrar su ingrátido corazón con una premonición llena de chispas en el aire.

Se acerca a la barra, tras la cual su amigo Paco lo acoge con una mirada de satisfacción.

—¿Qué tal, chaval?

Él le sonrío de forma abierta y espontánea, como ya alguna mujer le confesó que la derretía al hacerlo. Se sienta en uno de los taburetes de madera de la barra y le pide una cerveza, para empezar bien la noche.

La flauta irlandesa había dado paso a un violín con el que paseó por una jovial melodía, a la que se unieron gaitas y otros instrumentos celtas que invitan ahora a bailar en aquel espacio tan confortable.

Todo está lleno de luces indirectas: por las paredes tapizadas de pintura difuminada asalmonada y con unos pequeños faroles, que dan un toque íntimo a las mesas desperdigadas en torno a la *L* de la barra.

No sabe por qué, hoy quiso esmerarse a la hora de vestir y, además de sus vaqueros azules ajustados de algodón, se acopló una chaqueta color crema, de esas que a él le sientan tan bien con su tejido de lino.

Echa un vistazo al escaso ambiente que hay aún en el recién abierto bar, pero de forma automática mira a continuación en dirección a la zona de los servicios, seguramente porque una figura descaradamente femenina se contonea desde allí hacia una mesa en la que se encuentra su antítesis sentada: una muchacha de aspecto muy discreto que la mira, y lo turba durante una décima de segundo.

En cuanto la pelirroja de tentadoras curvas se sienta, comienzan a hablar.

Vuelve a su cerveza y se echa sus largos rizos, suavemente ondulados y de un castaño claro, desde la frente hacia atrás. Bebe un sorbo.

—¿Te has fijado en la pelirroja?

Su amigo entorna los ojos oscuros —como su pelo rapado— al decirlo.

—¿Quién no, colega? Nos tiene a todos pendientes de ella. Sabe lucirse.

—A esa la invitaba yo hoy a todas las copas que quisiera.

—Ya... ¿Y luego?

Con sus ojos verdes chispeando por lo que su imaginación lo ilustra en este momento, espera respuesta del colega Paco, todo un morenazo que hoy viste de negro, como suele hacer cuando trasiega tras la barra.

—Luego le hacía yo un *bukake* monosílabo que *pa* qué.

—¡Ja, ja, ja! Lo que a ti no se te ocurra con las mujeres...

—Que a ti no, ¿eh? Tú con tu pinta de *dandy poshippy*, ¡anda que no te lo montas bien!

—¿Yo montármelo bien? ¡Ja, ja, qué más quisiera yo! Bien lo sabes, Paco, que yo solo una rosquita de vez en cuando, je, je.

—Sí, sí, una rosquita pero de las buenas, de las que entra todo por el agujerito.

—Ja, ja, ja, muchacho, ¡menudo eres tú con tus descripciones! A ver de dónde te sacas tú...

—Shhh, mira, parece que están discutiendo esas dos. ¡Pero no seas tan descarado, hombre, disimula un poco!

—No, si ya miré antes, porque me estaban llamando la atención con el volumen de sus voces; cada vez estaban más calentitas con la discusión.

Mira hacia la mesa de la pelirroja y ve a las dos jóvenes enzarzadas en una conversación que va subiendo de tono. Observa a la chica apocada que habla a su compañera con tal seguridad y aplomo, que imanta sus ojos hacia aquella joven encogida.

No quiere meterse donde no le llaman, así que vuelve a su cerveza, porque su amigo ahora está atendiendo cada vez con más prestancia a la nueva clientela que no para de acudir al local, que va tomando ambiente poco a poco.

Pero no tiene más remedio que volver a mirar en aquella dirección, cuando le parece escuchar gritos mayores y su sexto sentido le dice que algo anda mal por aquella zona del bar.

La mujerona está agarrando fuertemente por el brazo a la amiga que, de pie, parece que pretendía largarse en un impulso de orgullo.

Algo le dice, que deja muy parada a la chavala, y la de largas melenas rojas se va hacia la puerta contoneándose como pava despechada.

La mira...

La está mirando.

Roberto se ha quedado mirándola.

Ese imán lo tiene atrapado en unos ojos castaños, dulces como caramelo, que están aguándose en un mar de desdicha.

La alegría de aquel ingrátido corazón que entró se esfuma con la espuma de la cerveza, al contemplar esa mirada de auxilio en una mujer empequeñecida por la vida.

Ve cómo ella se gira y se dirige con todo el peso de sus cargas al lavabo.

Una vez más, vuelve a su cerveza y le da un último trago. Prefiere no elucubrar.

Entre rato y rato, el pub prácticamente casi se ha llenado y la barra empieza a estar hasta los topes, donde Paco se ufana por complacer todos los requerimientos de los presentes.

Para no agobiarlo más, Roberto espera a que despeje un poco para pedirle una segunda bebida.

Ha pasado largo lapso de tiempo y la chica no ha vuelto. No sabe qué pensar, pero elige hacer como otros hombres, que creen que todas las mujeres pueden tirarse perfectamente una hora en el baño.

Pero ahí regresa.

Al llegar a la mesa, ve que su rostro cambia en un gesto de contrariedad y, casi como un zombi, va hacia la barra, colándose en el único hueco que hay: justo al lado suyo.

Siente cierta compasión al escuchar su apagada voz reclamando inútilmente la atención del camarero. Opta por tomar cartas en el asunto y solucionarle aquella humillante situación.

—¿Qué quieres? ¿Pagar?

Se da cuenta de que le ha salido una voz que quisiera arropar a ese frágil ser que lucha por tener un sitio en *Lilah*, el juego de la vida.

El caramelo de sus ojos hace llamear por un instante el verdemar de los suyos, que se quedan fijados a sus pupilas ardientes, apagadas por unos restos de lágrimas.

—¿Eh...? Ah, sí.

Qué gesto tan encantador acomete, por culpa de un bendito mechón caído, que la obliga a retirárselo tras la oreja. Sus cabellos largos y sinuosos parecen atrapados en una sencilla cola justo en el nacimiento de su pelo *acaobado*, en la nuca.

Con decisión viril, él ordena:

—Paco, cóbrale a esta señorita.

—Claro, ¿qué fueron? ¿Dos cervezas?

Él le contesta con resolución:

—Sí, eso.

—¿Y cómo sabes tú lo que hemos tomado?

Vuelve a sorprenderle la personalidad escondida tras aquella apariencia sensible, como en la trifulca con la llamativa amiga.

Le explica con cortesía:

—Hay dos vasos vacíos en la mesa y antes tenían cerveza.

—¿Y si habíamos pedido algo antes?

—No. Cuando llegué estabas sola, y al volver tu amiga del baño, teníais esas dos cervezas. El bar estaba recién abierto, así que no os daba para ir ya por la segunda.

—Veo que has estado muy atento.

—Más de lo que tú crees...

Si ella supiese cómo le gusta esa mirada entre cándida y explosiva con la que lo fustiga... Imposible mirar a otro lado.

—Ya, ya vi cómo me mirabas cuando se fue mi amiga.

¿Cómo explicarle que hay leyes de magnetismo universal que ni la física cuántica es capaz de interpretar apropiadamente?

No puede permitir que ella se sienta incómoda.

—No era mi intención molestarte. Simplemente, me pareció que peleabais y que te encontrabas bastante mal. No suelo quedarme mirando a una mujer porque sí.

Mirarlas, las mira. Y disfruta haciéndolo. Pero fijarse, lo que se dice fijarse especialmente en una, qué lástima que no le ocurra más a menudo.

—Ya, bueno. Perdona mi tono de voz, pero es que no estoy ni para fiestas ni para ligues.

—Me supongo. No te conozco de nada, pero si puedo ayudarte de alguna manera que se te ocurra, como desconocido...

¡Vaya ofrecimiento se le ha escurrido de la mente! Va a pensar que quiere ligar con ella. Um... ¿Y acaso no es así?

Le atrae tanto, que si por él fuera, jugaría ahora mismo al juego que ella quisiese.

—No, gracias, no puedes.

—Nunca se sabe.

—Bueno, voy a pagar, que al final el camarero se ha ido aburrido de nuestra conversación.

Observa con el mayor disimulo posible sus nerviosos pero delicados movimientos y la manera en que maneja su cartera, cómo coge las monedas, agarra el bolso, lo cierra...

Y ve cómo llega el momento de la despedida.

—Gracias por todo. Nos vemos.

¡Oh, maravillosa expresión! ¿Podrán verse realmente de nuevo en el futuro? Sería interesante ahondar en la curiosa pero atractiva personalidad tras ese suave y bello rostro de timidez.

—Muy bien. Adiós.

Ve cómo se aleja de la barra hacia la puerta, con extraños andares de huida y sensualidad a la par. ¡Muchacha peculiar donde las haya!

Pocos se habrán fijado en ella, o quizás ninguno, pero él sabe con certeza que, tras esa máscara de miedo y ocultación, hay una mujer especial luchando por salir a flote, aprisionada.

Él tiene ese don, el de intuir los diamantes que relucen tras las mujeres valerosas y libres, esas que él atrae sin remedio y que no acaban de comprenderle y seguirle en sus normas. Sus normas, que ninguna son, excepto el respeto y la libertad.

Y a esta la ha calado. Bien hondo. Le ha calado bien hondo.

¿Qué demonios hay tras esos ojos que lo taladran y revolucionan sus sentidos?

—Te ha gustado la morenita, ¿eh?

Su amigo lo espabila de sus musarañas.

—¿Eh? Bah, no, bueno...

—Vi cómo la mirabas de reojo con mucha atención.

—Ya, sí... No es una chavala nada llamativa, pero no sé..., tiene algo escondido...

—¡Ja, ja, Roberto, estas son las que a ti te gustan! Insípidas por fuera y pura dinamita por dentro, ¿no?

—No, sabes que no me gustan de ningún tipo. Solo de pronto alguna llama más mi atención.

—Y esta lo ha hecho. Tenía unos ojos bonitos, y eso que casi todo el tiempo los tenía bajos.

—Mejor que no te mire directamente, Paco, que seguro que te la llevas a alguna de tus orgías...

—¡Seguro, ja, ja, ja! Pero ya con tantas, ¡serían *bukakes* esdrújulos, je, je, je...!

Esdrújulo debe ser hacer el amor con la diosa que se oculta tras las ascuas de ese par de luceros y ese cuerpo que aprisiona una energía a todas luces explosiva.

Imposible mirar a otro lado... e imposible no soñar esta noche con ojos de caramelo...

¿Solo soñar...?



—¡Estás increíblemente guapa!

Lo aturde esa imagen de hermosura que rezuma femineidad, desde sus sandalias de tacón hasta el último cabello de esa sensual melena suelta.

¡Uoh, qué figura tan preciosa se le ve, con ese vestidito ligero de verano que realza sus curvas de mujer!

Y para colmo, lo está envolviendo un perfume fresco que despierta un lado salvaje que tendrá que refrenar, si no quiere acabar desnudándola allí mismo.

Uf, fantasías eróticas sí que tuvo, que debió controlar para no acabar hecho un salido por una muchacha que le revoluciona hasta el último poro de su piel.

Si su amigo Paco la viese hoy, deja a sus pies a todas las pelirrojas del pub y vive un juego eterno de placer a los pies de esta deidad.

Benditas causalidades las que los llevaron a reencontrarse, como ella vaticinó, lo que ancló un invisible cordón de plata entre los dos que el universo maneja a su antojo, atrayéndolos irremediabilmente.

Una conferencia, una amiga escritora y una mujer con una incipiente nueva luz; una segunda conferencia, un corazón resquebrajado y un abrazo enternecedor; una tercera conferencia, el murmullo del río y una piel sensual bajo sus dedos...

Hoy, no sabe lo que pasará, pero anhela volver a rozar ese terciopelo y esta vez hacerla suya para siempre.

Qué evolución tan arrolladora la de aquella mujer, que acabó confesándole que quería yacer con él en la cama, y que cada día desde entonces lo ha vuelto loco, solo de imaginarlo.

Cómo le gustan esas mujeres, las valientes dispuestas a enfrentarse a sus oscuridades y a dejar atrás esos fantasmas que la ocultaron tras una falsa apariencia débil e insulsa.

—Gracias. Hola.

Su calle por las noches no necesitará iluminación, si ella sonrío en su

portal así al recogerla. Lo mira con esos ojos relucientes, resaltados con un maquillaje que la embellece como nunca.

No puede seguir mirándola de esa forma, porque la va a incendiar...

—Anda, vámonos, que te voy a gastar con la mirada.

Si pudiese, la gastaría con sus manos... ¡Cómo le gustaría ver ese cuerpo tan atractivo desnudo, para grabar cada centímetro en su memoria!

Tiene el principio de la velada planificado, y de esa manera lo ejecutan: un bar en las afueras con unas zonas cubiertas y otras al aire libre, para contemplar la puesta de sol en la calidez de su compañía...

Y así se le va haciendo inolvidable cada espacio de tiempo de la noche junto a ella...

Pero cuando regresan, en el coche, a ella le resurgen sus complejos de mujer, esos que la alejan como polvorilla de él, acusándolo de ser un vividor imposible de fijarse en alguien como ella.

¿Como ella? No ha podido atender a nada más, toda la noche derritiéndose con su presencia, con su caminar, sus gestos, su risa, su dulce voz... ¿Y ahora esto?

—No tengas miedo. Sé tú y haz lo que quieras. Y lo que no quieras, no lo hagas.

Él acaba así con un sinsentido de conversación *corta punto* y la envuelve con su mirada franca, deseoso de calmarla y hacerle rebrotar la seguridad en sí misma.

La sonrisa clara de ella ahora le abre por fin un camino que lleva días anhelando recorrer para llegar al oasis que necesita en su árida y sedienta vida.

Sus labios rojos de carmín gritan a su virilidad que la traspase con los suyos.

No puede más sin besarlos...

El coche rebosa ternura, fuego y caricias, pero no es el lugar idóneo, libre de miradas curiosas o furtivas.

—¿Te apetece subir a mi casa?

No puede ser...

¿Pueden ocurrir más cosas celestiales?

Que ella lo esté invitando a su casa es toda una aparición ante ese oasis, ese paraíso que arde por atravesar...

Así que el salón acaba luego presenciando un preámbulo que ella borda con un «vente conmigo» que lo coge y lleva de la mano.

En su dormitorio, le baja la cremallera del vestido, conteniendo su ansia de arrancárselo a tiras.

Ella le va desabrochando la camisa, lo que le hace sentir más hombre ante esas manos que lo desnudan.

Sin el vestido, necesita alejarse unos palmos para contemplar ese milagro de mujer sensual que tiene ante él, pletórica en una ropa interior que peligra de prender por combustión espontánea con su mirada, que la recorre con sus llamas.

Acaba desnudando sus pechos que, sonrosados, lo embelesan al ser liberados.

Mientras se los acaricia, ella mete la mano en su ropa interior masculina, lo que lo excita perdidamente y ha de cerrar los ojos para contener el intenso placer que le proporciona aquella mano ágil y delicada.

Con el tanga decide no ser tan caballeroso y se lo arranca, dejando al descubierto un tesoro de seda que lo trastorna.

—¡Dios! ¡Candela, cómo me tienes!

Él sabe que la energía femenina es la que inflama la lumbre de la masculina, pero nunca había explotado ese fuego en su cuerpo como lo hace ahora. Cómo esta mujer lo inflama solo con rozarlo, con mirarlo, con deseirlo con su imán...

Sobre la cama, juega con su sexo, hasta que ella le suplica que lo penetre... ¡Le debe la vida por hacerle sentirse tan deseado y viril!

Obedece a sus deseos porque son los suyos desde hace demasiado tiempo...

Sienten la unión de sus cuerpos, miman su piel, se relamen con los labios, se derraman de placer y él descubre bajo su cuerpo una divinidad que sabe que lo va a desmoronar en mil pedazos, con todas sus consecuencias...

El fin de semana acaba por unirlos en un compromiso ineludible de dos espíritus que rasgan el velo de su existencia, desnudándose en cuerpo y alma.



Diez mil días para construir un palacio de cristales irisados resplandecientes bajo el sol de la felicidad... Y solo un instante para hacerlo añicos en la noche oscura del alma...

Qué feliz le hizo tantas veces con su ritual provocador del amor,

conducida por Eros en su fuego de sacerdotisa... Lo hizo gozar con su cuerpo enamorado, libre de despojos morales y ataduras limitantes del deseo y el placer.

Cada paso que ella daba, cada lección que aprendía, cada reto que afrontaba, la subían a un estatus de diosa del amor que a él lo atrapaba y daba vértigo a un tiempo, sintiendo la pequeñez de un hombre ante una mujer que decidía cada día beberse la vida a sorbos de pasión.

Él le mostró un camino tan desconocido para ella... La acompañó en cada puerta que valerosamente atravesaba hacia un mundo rebosante de morbo y libertad.

Porque libre hay que ser para decidir romper las cadenas de los tabúes que te impiden acceder al sentido sagrado de la sexualidad, al amor bien entendido.

¿Cómo pudo ella experimentar y asimilar tantas novedades y transformarse en tan poco tiempo en una diva del deseo para todo aquel que ella eligiese? Solo las brujas como ella que te desnudan con la mirada pueden hacer tales proezas amatorias.

Y él...

Él sospechó en lo más hondo de su corazón castigado que jamás alcanzaría la altura de tal mujer, que no hay hombre que se precie que bese los pies de mujer como ella.

¡Qué ciego estuvo!

La ceguera de los celos hunden al amor y permiten establecerse a la posesión.

Nadie, absolutamente nadie manda en la vida de nadie. ¿Cómo se atrevió él a echarle en cara con quién compartir, con quién ser feliz?

Ella ya lo hizo feliz infinidad de veces. ¿Cómo osaba pedirle aún más a la vida?

No estuvo a su altura... Sí que lo desmoronó en mil pedazos, pero no tuvo el valor de recomponerse para estar a su altura.

¡Qué duro, qué infierno ha de padecer por sus errores!

El palacio de cristal... hecho añicos.

El huracán de los celos lo echó todo abajo y la alejó para siempre de él... Él la alejó...

Mira a través de la puerta del invernadero de la terraza buscando salida a su desesperación, pero es de noche y sólo ve oscuridad...



—Sabes que te quiero, ¿verdad? Eres una gran amiga, Samanta.

—Yo también, bobo. Estamos aquí para ayudarnos, ¿no? Tenme bien informada.

—Sí, claro. Un abrazo muy fuerte. Hasta pronto.

—Otro para ti, Roberto, y reponte. Un beso.

Suelta el móvil y mesa los largos cabellos canela que le caen casi hasta los hombros. Todo le da vueltas, pero sobre todo el corazón; hace más de un día que no duerme y casi dos que no come.

Pero, ¿acaso importa la vida sin ella?

Le acaba de prometer a su amiga Samanta que comería algo y dormiría: ha de hacer el esfuerzo.

Entra en la espaciosa y luminosa estancia de la cocina y coge —del frutero que está en un rincón, sobre la encimera de los muebles—, alguna fruta que le dé la energía necesaria para aguantar esa tarde y, probablemente, otra noche en vela.

Después, se asoma por el frigorífico y, con gran sacrificio, se alimenta con algo más sólido para el estómago.

Mientras lo hace, en su estado de aturdimiento, procura recordar las palabras de su amiga, que entraron como bálsamo en su destrozado corazón. Su conversación le ha devuelto una pizca de esperanza, a la que él desahució en un acto de locura desgarradora.

Sus heridas... Las que él estampó contra el ya maltratado corazón de su amada. ¿Sanarlas? Dios mío, ¿cómo hacerlo? Enfrentarse a su sufrimiento, a un pasado que lo acosaba tras cada hombre que se acercaba a ella con intención de hacer suyo algo más que su cuerpo...

Por miedo a resquebrajar un sueño paradisíaco que vivía con ella, se dejó llevar por los avatares de la vida y de su ego, y ahora sí que la vida se la secuestra de una forma terrible para no devolvérsela más.

Pero por ella... Por ella mirará de frente al miedo del remoto ayer y, una a una, cerrará cada aflicción del pasado perpetrada por quienes no tienen ninguna conexión con su diosa del alma.

Sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina, recuerda con una leve sonrisa esforzada las veces que ella tragó y se mantuvo, con dignidad, junto a él, aun cuando él le daba mazazos celosos a diestro y siniestro. Tenía

la habilidad de enfrentarlo a sus tinieblas, de desarmar sus juegos de egotismo y de echar abajo sus máscaras.

Qué poco le importan ahora los tropiezos que ella dio y las escasas veces que también erró... Él solo quiere volver a tenerla, mirar sus ojos y perderse en la dulzura y brasas de su caramelo derretido, rozar su piel de seda embriagadora, oler sus cabellos de brillos caoba, abrazar su cuerpo entero perfumado de madre selva, escuchar su risa calando como gotas de lluvia, sentir su libertad de mujer...

Creyó haberse vaciado antes con Samanta de miedos, tensiones y angustias, incluso cuando le inundó tal emoción que tuvo que confesar su infinita adoración por ella, por el ángel que llegó a su vida.

Pero creyó mal, porque ahora, con el recuerdo de su perfume, de su tacto, de su sonrisa, de su mirada, acaba por derrumbarse y, apoyando los brazos sobre la encimera, esconde la cabeza entre ellos y exprime sus últimas lágrimas negras...



Camina con pasos seguros por la senda de un bosque nebuloso y enigmático que lo despoja de todo su peso emocional, atravesando el prisma multicolor de luz que inunda el espacio de majestuosos árboles.

Se dirige a su objetivo certero, que lo espera con cierta incertidumbre sobre su identidad.

El rostro de ella resplandece al reconocerlo. Está envuelta en un halo mágico transparente y luminoso.

Esos ojos esmeralda refulgen por volver a contemplarla...

—¿Dónde estabas? Te busqué por todo el universo y no supieron darme noticia de ti. Fue por mí, ¿verdad? No supe valorarte y te arrebataron de mi lado, por mi torpeza.

—Todos cometemos errores...

Su voz es cristal límpido en el silencio del latido de la naturaleza.

—Tú hiciste tu papel en el teatro de la vida, Roberto. No te corresponde a ti concluir mi camino ni el de nadie. El amor, tú me lo enseñaste, es un sendero de libertad, confianza y respeto, no de enganches y posesiones. No tenemos poder sobre nadie, y menos aún en el amor, rey de reyes de los amantes, amigos y cómplices...

Toda ella respira seguridad y templanza.

—¿Volverás algún día? ¿Podré volver a disfrutarte como ahora, con tan sólo tu presencia? Saber que estás bien, que eres feliz con él...

—Sí, podrás verme. Estaré contigo...

Su cuerpo liviano se expande al escuchar eso, pero su corazón reclama aún más su atención:

—¿Y el amor? ¿Podré recuperarlo?

El castaño de sus ojos hoy es profundo cuando lo mira, como la oscura tierra esponjosa bajo sus pies.

Ella se gira con suavidad...

—No, no te vayas. ¡Otra vez no, no me dejes!

—He de marchar. Mi sitio no es este..., ni el tuyo.

Lo mira con serenidad y madurez por última vez, y se aleja pausadamente.

—¡No, por favor...! No puedo soportarlo otra vez... ¡Lo siento, lo siento...!

Roberto cae de rodillas, destrozado por tanta tristeza, y exhala un último grito de desesperación, cubriéndose el rostro con las manos y llorando desconsolado.

El bosque oscurece y, en su opacidad, escucha una melodiosa voz que habla a su alma:

—Sana tus heridas...

Se siente caer en un túnel sin fondo...

Y despierta, agitado ante el recuerdo vívido de su imagen... Ella...

Sabe bien que anduvieron por un plano en el que pudieron encontrarse, donde las almas se reúnen dejando atrás la densidad de los cuerpos.

Pero de nuevo... ella no está.

Un sueño, era solo un sueño...



Cierra la puerta del coche mientras observa con una sonrisa en los labios su caminar, sosegado pero endiabladamente femenino.

Suben al ático y, antes de acercarse siquiera a la puerta de la casa, se escuchan unos extraños sonidos animalescos, amalgama de gemido, aullido y llanto.

Al ir a meter la llave en la cerradura, unos golpes nerviosos repican sobre

su madera.

Roberto abre la puerta de su casa y entran, siendo literalmente atacados por la infinita alegría de un sabueso de pelo largo lanudo de color crema, con una zona blanca al cuello.

—¡Sieteeeeeee!

Él contempla la escena con una media risa feliz: un perrillo alocado que no sabe si correr hacia la puerta, subirse a sus piernas, tirarse boca arriba en el suelo con las patitas agitadas o lanzarse de bruces a los brazos de su amada dueña, agachada, de la que él vislumbra que llora por la emoción del reencuentro.

Si no le da un ataque al corazón a ese animal, ya no muere jamás por síncope taquicárdico.

—¡Ayyy, mi cosconcete, mi melenitas, mi amor todo...!

Ella es tan tierna y mimosa con el perro, que a Roberto se le deshace el corazón.

—Gracias por cuidar de él, Roberto. Se le ve estupendo.

Lo dice entre lágrimas de felicidad.

Él asiente con un sencillo gesto de satisfacción. Por ella y por volver a verla, él cuida de una manada de lobos, si fuese necesario.



Abraza su cuerpo desnudo entrelazado con el suyo y da gracias internamente a este universo y a todos los existentes. El gran regalo de su vida ha vuelto.

La vida le ha sonreído. Traspasó los límites de su propia existencia y descubrió el *para qué* de una experiencia que le aprisionaba el entendimiento.

Desconoce el mañana, pero cada día traerá su afán, y él ahora se afana meticulosamente en darle el placer de amor que ella se merece.

Acaricia cada rincón de espuma de su piel entre palabras abrasadoras que brotan del centro de su alma.

Ruedan entre las sábanas de amor dos cuerpos enamorados del destino que los reunió, besan sus anhelos de plata y miel con sus labios y explota una supernova en un millón de soles cálidos...

—Eres mi diosa de fuego.

—¿De fuego, mi amor?

—Sí, de fuego. Y yo ardo por ti, Candela...

***Relato publicado en la Antología *Cross my heart. 20 relatos de amor, cóncavos y con besos*. Editorial LM Perceval Books (Febrero, 2017).**

La autora

Mar Deneb



Nace en Sevilla (España). Bióloga y Música, ya en su adolescencia destaca por sus dotes literarias, recibiendo un premio de redacción entre más de doscientos candidatos. Desde hace doce años comienza a trabajar profesionalmente en el mundo del libro y su distribución y comercialización.

Un día decide meterse de lleno en el alma de los libros, imprimiendo forma a su capacidad creativa y concibiendo así su primera novela, *Zenia y las Siete Puertas del Bosque* (2016), de carácter fantástico y épico, cargada de simbolismo y donde aporta una visión inspiradora de la vida y de las relaciones humanas.

Su segunda novela, *Ardo por ti, Candela* (2016), de corte y estilo diferentes, no pierde de vista la esencia de autosuperación y evolución intrínseca del espíritu humano, siendo un claro ejemplo de cómo amistad, amor y erotismo pueden tener cabida en pleno siglo XXI.

Publica también las Antologías de Relatos *Cross my Heart. 20 Relatos de amor, cóncavos y con besos* (2017) y *Ups, ¡yo no he sido!* (2017), junto a otros escritores.

Ha colaborado en el Programa Cultural de Radio *Tras la Puerta* con alguno de sus relatos, fue jurado en un Certamen de Relatos y redactora de la sección de Ciencia en la Revista Cultural *Athalía y Cía. Magazine*.

Tras su última publicación, el relato *Ojos de Caramelo* (2018), basado en su novela *Ardo por ti, Candela*, en la actualidad trabaja en la segunda parte

de esta y en su cuarto libro, inspirado en la intriga y el misterio.

Blog: <https://mardeneb.wordpress.com>

Página Facebook: <https://www.facebook.com/mardenebescritora>

Canal

YouTube:
<https://www.youtube.com/channel/UCUC7HN9EU6xscgRT7319MkQ>